

06 Milagros y locuras de la acumulación de la riqueza

“No encontrarán la felicidad en ninguna otra parte que no sea la fraternidad humana y, de ninguna manera, alcanzando poder.”

Alfred Adler

“...todas las complejas estructuras de los centros expansivos manipuladores desde las sombras de acumulación del capital; todo el omnipresente dictado del consumo, de la producción, de la publicidad, del comercio, de la cultura consumista y todo ese diluvio de información, todo esto, ya tantas veces analizado y descrito, difícilmente puede ser considerado como una perspectiva, como la vía futura que llevará al individuo a reencontrarse consigo mismo.”

Václav Havel

La acumulación infinita, ciega e inescrupulosa de la riqueza no nos lleva ni individual ni colectivamente al paraíso. Al contrario: en una sociedad, que se deja llevar por semejantes principios egoístas, surge una situación altamente lábil, ya que las personas de la periferia, es decir, en los países, regiones y segmentos poblacionales menos desarrollados y menos pudientes, tarde o temprano se dan cuenta de que el bienestar del centro (de los países industrializados y las clases privilegiadas) se adquiere a expensas de ellos. La consecuencia podría ser, que se subleven contra los ricos –en una guerra, así teme el economista francés Jacques Attali (citado en Berman 2002: 41-43 – “como no se ha sufrido aún en los tiempos modernos”.

Sin explotación y saqueo del Tercer Mundo (sobre esto hay unanimidad hoy en amplios círculos de la investigación histórica y social), el desarrollo del capitalismo industrial en las regiones centrales, tal como se dio, no hubiera sido posible. En el marco de un modelo de desarrollo más humano y justo, la evolución habría sido de forma mucho más lenta – y quien sabe, tal vez también más orgánica, o sea, más duradera. Así como en realidad sucedió, por el contrario, fue impulsada con violencia brutal y a brazo partido bajo la ley de la selva (con lo cual no quiero desestimar la vida de los animales salvajes), y esto a su vez condujo al surgimiento de una estructura de poder, que descansa sobre todo en los principios de la propiedad privada, del derecho privado y la ley del más fuerte.

Los alrededor de 1.000 multimillonarios, que de acuerdo a Forbes (NZZ, 6.8.2010 y NZZaS, 8.8.2010) actualmente tienen en sus manos los destinos de la humanidad, pudieron acumular su inmensa fortuna no sólo gracias al mecanismo de intereses sobre intereses, sino, en una proporción considerablemente mayor, mediante explotación pura. Por un lado, pudieron amontonar semejante riqueza a través de la explotación recién mencionada del Norte

dominante sobre el Sur subdesarrollado, por el otro, gracias al aprovechamiento de situaciones monopólicas y oligopólicas en el mercado mundial (por ejemplo, en la industria farmacéutica, la técnica médica, las industrias químicas y mecánicas, últimamente también en el área de medios masivos). El abuso del personal propio, de los proveedores y (o) de la clientela, es decir, diferentes formas y variables de depredación capitalista, juegan en esto un papel central.

El concepto de eficiencia es especialmente importante en relación con esto. Empresarios exitosos remiten siempre, pero siempre, a la eficiencia alcanzada por sus empresas. Un profesor de ética económica suizo ya citado aquí (Ulrich 1997: 123) con razón nos da que pensar: “Lo que para los beneficiarios de un hecho económico es “eficiente”, no necesita serlo para aquellos que no participan del beneficio, pero que cargan, por ejemplo, con los costos sociales y ecológicos.” Y así se llega “inexorablemente a la pregunta práctica vital: ¿eficiente para quién concretamente?” que “debe ser respondida desde el punto de vista de la justicia, antes de que se pueda hablar de sensatez económica (racionalidad socioeconómica) bien entendida.”

De eminente importancia para la consolidación y concentración de la riqueza en pocas manos es, además, el derecho a la herencia y la política de casamientos de las familias y clanes acaudalados, también sus exclusivas posibilidades de educación y conexiones sociales, la importancia del “espíritu de cuerpo” y conciencia de clase. A los miembros más jóvenes de estas clases más altas y privilegiadas (y también, por consiguiente, presumidas) hasta se les enseña el conocimiento íntimo de un código de “buen comportamiento” conforme a su clase.

La estrecha relación entre riqueza y pobreza

Ernesto Guevara ha observado (2003: 18) que necesariamente debía acumularse una miseria escandalosa para que pudieran constituirse imperios como el del clan Rockefeller, dominante en los tiempos del Che, y que fortunas de esta magnitud se basan en una “suma de ruindades” a los desposeídos, pero que no siempre es posible aclarar estos trasfondos y hacer entrever semejantes conexiones a las clases populares.

Transportado al presente: los empleados de los dos imperios alemanes de alimentos Aldi (Norte y Sur) como los del comerciante textil KIK del mismo país líder de Europa, pero sobre todo aquellos pelotones de trabajadores en el Tercer Mundo, que se matan trabajando para los proveedores de semejantes cadenas de grandes almacenes, son tratados a menudo como esclavos, que apenas pueden tomarse un minuto para acudir a los sanitarios, mientras los máximos jefes de la cadena apalean millones sin pausa. ¡Cómo puede ser que instancias morales de nuestra sociedad como, por ejemplo, iglesias o sectores académicos responsables por la ética no tomen conocimiento o simplemente toleren tácitamente y consideren normales semejantes condiciones!

Thomas Brändle, ex diputado en el Poder Legislativo del cantón suizo Zug, se sorprende en un texto difundido por Internet de cómo pueden surgir semejantes inmensas acumulaciones de capital. “Supongamos que un ejecutivo de una corporación después de cinco o seis años de actividad se retira y que en esos años haya cobrado 30 millones de francos (otro empleado con un salario anual de 60.000 francos debería trabajar 500 años para llegar a eso). El ejecutivo

invierte su dinero en la plaza financiera y vive del 6 % de intereses (que con un monto tan grande se obtiene con seguridad). Así dispone de 1,8 millones anualmente, o sea, 150.000 francos mensuales, sin tener que tocar los 30 millones. Si se da por satisfecho con 25.000 francos al mes, su fortuna se incrementa mensualmente en 125.000 francos. Por este crecimiento, cada 15 años los intereses sobre intereses duplican su capital. Los hijos de este ejecutivo tempranamente jubilado reciben 45 años más tarde 240 millones de francos, con lo que pueden jubilarse inmediatamente.” Si estos descendientes del ex ejecutivo rápidamente convertido en millonario continúan con su estilo de vida, calcula Brändle, pueden dejarles a sus propios hijos 30 años más tarde alrededor de mil millones de francos.

En este ejemplo escolar que nos suministra un intelectual de orientación liberal, aunque de pensamiento autónomo del cantón Zug –asiento de muchos *holdings* internacionales por razones impositivas– están presentes los tres elementos esenciales de la acumulación capitalista: primero, la explotación (por la acumulación de 30 millones de francos en cinco años a costa de una legión de “empleados comunes”, proveedores, clientes, etc.), segundo, la multiplicación de la fortuna mediante intereses e intereses sobre intereses y tercero, la herencia.

Los fondos necesarios para esta “reproducción milagrosa de caudales” provienen, de acuerdo con las cavilaciones de Brändle, también de los deudores de la economía. “Los deudores (...), siempre que no se trate de particulares, deben calcular los intereses y comisiones como costos y trasladarlos al consumidor final. Por los salarios principescos de los ejecutivos debieron sangrar los accionistas, pero por la multiplicación de la renta mensual corriente e infinita, todos los ciudadanos son invitados a pasar por la caja durante décadas. Porque el que hace “trabajar” al dinero, siempre hace que otros trabajen por él. Naturalmente que estos intereses pagados fluyen otra vez a bolsillos privados, pero esto sólo es provechoso para aquellos presupuestos, que reciben más intereses por sus bienes de lo que erogan por sus gastos corrientes. O sea que esto es válido para aquellos presupuestos que, por lo menos, tienen ahorrado diez veces más de lo que gastan anualmente. La reproducción explosiva de las fortunas de nuestros ejecutivos es, por lo tanto, inevitable – hasta que este sistema de esquema piramidal se derrumbe nuevamente bajo el aumento de las tensiones sociales.”

A otro aspecto de la conexión entre pobreza y riqueza nos remite Josué de Castro, un médico brasileño, escritor y luchador contra el hambre mundial: “La mitad de los brasileños no duerme porque tiene hambre. La otra mitad no duerme porque tiene miedo de los que tienen hambre.” (citado en Ziegler 2008: 209) Esta afirmación parece algo exagerada, pero contiene indudablemente un núcleo realista.

Bajo la presidencia de centro-izquierda de Lula da Silva –que llegó al poder casi medio siglo después de la notable afirmación del Dr. de Castro–, si bien la mitad más pobre de Brasil recibió, por la política caritativa del gobierno del PT, un par de migajas más que bajo los gobiernos civiles y militares anteriores, casi nada se ha modificado en las raíces estructurales de la incontenible concentración de riqueza. Bajo un jefe de Estado de otra orientación política, la mitad pobre puede volver a caer en la miseria en cualquier momento. Y para la otra mitad, la más rica, también persiste siempre el problema de la amenaza de los desposeídos. Lo que vale para Brasil tiene plena vigencia en la mayoría de los restantes países

emergentes y en desarrollo, posiblemente también hasta en algunos países altamente desarrollados, miembros de la OECD: diferencias extremas en la posesión de bienes, pobreza escandalosa frente al despilfarro de los ricos, pueden conducir a un estallido de violencia social.

Así como la ambición constante por las utilidades y la sobreexplotación de las fuerzas laborales llevan a una progresiva descomposición de la sociedad, la totalización del mercado bajo dominio neoliberal, en opinión de Hinkelammert (1994: 270-271) y muchos otros autores, destruye también los equilibrios ecológicos. De hecho que aquí debe consignarse nuevamente, que bajo los regímenes estalinistas también se cometieron daños gigantescos a la Naturaleza y –al igual que bajo gobiernos de signo totalmente diferentes– también los trabajadores fueron explotados de manera brutal en aras de los intereses del Estado.

En la Introducción a un delgado documento del Consejo Evangélico de Iglesias suizo ya citado anteriormente sobre salarios topes justos e injustos (SEK 2007: 3) se establece con razón, que la existencia de una relación entre riqueza y pobreza es más que evidente. Y, consecuentemente, el autor se pregunta, si una lucha eficaz contra la pobreza demandaría una limitación de la riqueza. Si nosotros estamos realmente dispuestos a combatir de raíz semejantes abusos insostenibles, es finalmente una cuestión que, en una sociedad organizada democráticamente digna de crédito, debe dirimir la voluntad política de la mayoría.

De castillos, palacios y catedrales

Debemos ocuparnos ahora del argumento que sostiene que numerosas obras magníficas surgidas a lo largo de la historia, habrían sido posibles gracias a la acumulación de la riqueza en pocas manos. A aquellos nobles y prelados eclesiásticos, mecenas y filántropos, que pusieron gran parte de sus fortunas al servicio de la realización de semejantes construcciones y obras de arte, habría que agradecerles que hayan podido dejar para la posteridad tanta belleza y maravilla.

En efecto: ¡Quién no se conmueve ante la contemplación de los grandiosos castillos del Loire y de Baviera, los de las Islas Británicas y los de Eslovaquia! ¡Qué corazón no late más fuerte al pisar las catedrales de Chartres, París y Ruán, la Basílica de San Pedro y el Domo de Milán! A quién no le fascinan las antiguas obras monumentales en Egipto, las ruinas majestuosas de los templos griegos, la Muralla China, los lugares sagrados de la India y Tailandia, de los mayas e incas, y quién no contempla con admiración y lleno de orgullo su correspondencia contemporánea, los espléndidos museos en todo el mundo, los edificios que fueran alguna vez los más altos del mundo desde Babilonia pasando por las Torres Gemelas de Nueva York hasta las últimas nuevas construcciones que sobrepasan a aquellas en altura y suntuosidad.

Todas estas obras monumentales son la expresión de acumulaciones gigantescas de capital (que naturalmente no eran denominadas así en los siglos pasados). Fueron posibles porque determinados individuos poderosos supieron acumular dinero y otras formas de riqueza y realizar proyectos de obras que, en la mayoría de los casos, debían perpetuar su propia reputación como magnates. Ocasionalmente también entraron en juego consideraciones militares o de estrategia pública que, en este caso, sirvieron sobre todo a la glorificación de la

propia ciudad o nación. No puede dejar de mencionarse, que así surgieron también auténticas obras de arte, que en la antigüedad significaron una tarea de toda la vida para los que participaron en su construcción y hoy despiertan la admiración de millones de visitantes.

Pero también tomaron parte en estas obras que se extendieron por siglos, legiones de trabajadores anónimos al servicio y por orden de los ricos y poderosos, que no recibieron otra cosa que el pan diario para su subsistencia. También “participaron” en la acumulación de la riqueza, millones y millones de pequeños campesinos y trabajadores rurales, siervos, esclavos y asalariados mal pagos, personas que habían creado con sus propias manos aquella riqueza y que debieron transferirla a la clase dirigente de maneras múltiples; personas que casi no conocían otra cosa que el sudor y las privaciones.

Su trabajo y el de incontables pintores, escultores, constructores, arquitectos, ingenieros y artesanos que pusieron a disposición sus conocimientos técnicos, artísticos y organizativos para la concreción de los deseos exclusivos de los monarcas, potentados eclesiásticos y políticos, a menudo con predisposición a la megalomanía, ciertamente sólo puede ser reconocido y valorado. Nosotros, hombres del presente, podemos deleitarnos, asombrarnos frente a sus obras y tributarles admiración póstuma a sus auténticos artífices. Las preguntas, que debemos formularnos a nosotros mismos y a las futuras generaciones en relación a esto, son las siguientes:

¿Vamos a necesitar en el futuro semejantes manifestaciones de riqueza de algunos pocos privilegiados, trátese de individuos inmensamente ricos, empresarios “exitosos”, corporaciones líderes en el mercado mundial, bancos que administran billones, etc.?

¿O podemos contentarnos con mantener de manera adecuada los monumentos existentes de aquella grandeza y megalomanía del pasado para la contemplación de los visitantes de todo el mundo?

¿No deberíamos, en lugar de eso, canalizar en el futuro nuestras capacidades creativas para satisfacer las necesidades básicas de la humanidad toda y tratar de alcanzar auténtica calidad de vida para la mayor cantidad de personas posible?

En vez de siempre nuevas construcciones suntuosas que sirven quizá, en primer lugar, para inflar los egos de sus propietarios y arquitectos, ¿no deberían ser invertidos los medios disponibles en grandes obras de infraestructura que traigan provecho a la comunidad como diques para prevenir repetidas y graves inundaciones (por ejemplo, en Paquistán o Bangladesh), devastadores períodos de sequía (que se producen con frecuencia e intensidad creciente en las más diversas regiones del mundo) y medidas de defensa contra la tala y quema indiscriminadas de bosques (un drama recurrente desde Iberia hasta la Amazonia, de Borneo a Grecia y ahora recientemente también en Rusia)?

En lugar de levantar más castillos, palacios de cristal y catedrales para celebrar al poder y a Mamón, ¿no deberían concentrarse gigantescos recursos financieros realmente existentes en la eliminación de la pobreza y la ignorancia en los sectores marginales de la economía mundial y aprovecharlos para la construcción de una política social y de desarrollo que el capitalismo moderno de cuño neoliberal hasta ahora impide?

La forma en que una obra “utópica” semejante, que se extendería por sobre todo el planeta dándole nuevo sentido a la globalización y movilizándolo a muchas generaciones, podría estar estructurada, será materia de los próximos capítulos. Pero primero debemos ocuparnos de los argumentos que tanto críticos como escépticos inevitablemente nos opondrán en este contexto.

Generosidad de filántropos y mecenas

En 2010 se registró un amplio debate alrededor del planeta sobre la actividad filantrópica de norteamericanos archimillonarios. Fue provocada por la decisión de Warren Buffett de poner a disposición de la Fundación Bill y Melinda Gates la mitad de su fortuna multimillonaria para fines de utilidad pública. Rápidamente 40 de los más ricos norteamericanos anunciaron que imitarían este ejemplo. La mayoría presumiblemente seguiría el transitado procedimiento de colocar importes multimillonarios en fundaciones.

La filantropía movió en los Estados Unidos de Norteamérica a comienzos del siglo XXI entre 250 y 300 mil millones de dólares anuales en concepto de donaciones (NZZ Folio, 9.2006: 58-65, NZZ, 8.9.2011). De acuerdo con Forbes, la revista especializada en negocios y finanzas, el número de archimillonarios en todo el mundo llegaba a 1.011, 403 de ellos en los Estados Unidos. Había en este país alrededor de 70.000 fundaciones con un capital valuado estimativamente en alrededor de 500 mil millones de dólares.

La fundación de Bill Gates disponía ahora de una fortuna de más de 60 mil millones de dólares y pagaba anualmente entre 1,4 y 2 mil millones en concepto de subvenciones. Warren Buffett le había cedido la mitad de su riqueza bajo la justificación lapidaria: “El sistema de libre mercado ha sido un fracaso para la gente pobre.” Por lo demás, el multimillonario dejó saber que él no creía en “la riqueza dinástica”.

La mayoría de las fundaciones se han convertido entretanto en un éxito que corre por sí mismo sin problemas. El capital que un mecenas aporta y que de inmediato puede hacer valer en los Estados Unidos impositivamente, jamás es tocado – “una vergüenza para la sociedad”, tal como se admite en el NZZ Folio mencionado. Que se done tanto, no sólo tiene que ver, como ya se ha comentado, con inquietudes caritativas, sino también a menudo con sentimientos de autoestima sobredimensionados de filántropos y mecenas. No es casual que universidades, museos y hasta jardines botánicos o acuarios ofrezcan el nombre de edificios nuevos, sillones o cátedras al mejor postor.

Cuanto más se retira el Estado, siguiendo el dictado del neoliberalismo, de terrenos sociales como la seguridad médica, la educación, investigación y cultura, tanto más importantes se vuelven las instalaciones filantrópicas que sustituyen esta falencia – y de paso cumplen con los requisitos de los millonarios y multimillonarios. Pasando por encima de toda la sociedad, se fomentan intereses privados y de la economía privada de sectores, donde debería privar, en realidad, el interés público.

En algunos casos, el empeño por las donaciones sólo tendría que ver tangencialmente con consideraciones caritativas, observa Sahra Wagenknecht. Evidentemente pueden entrar en juego otras motivaciones. “Muchas fundaciones no se cubren, ni siquiera para mantener las

apariencias, al abrigo de la beneficencia pública. Para los propietarios de empresas familiares, las fundaciones constituyen mucho más una posibilidad práctica de excluir de la dirección a descendientes incapaces y evitar así tanto una fragmentación del capital empresarial como un vaciamiento de su substancia, siendo que las ganancias de la empresa continúan fluyendo a los herederos a través de la fundación.“ (Wagenknecht 2011: 313)

En los anuncios de los casi 40 multimillonarios que iban a seguir el ejemplo de Buffett, se trató en un primer momento de promesas sin compromiso que muy pronto pudieron pasar al olvido. Además se puede poner en duda, que la mayoría de los filántropos se tomaría en serio, como Gates y Buffett, la búsqueda de objetivos y cometidos sensatos. El mexicano Carlos Slim, en ese entonces el segundo hombre más rico del mundo, quiso echarle una mano al equipo de Fórmula 1 Honda, que estaba luchando con todo tipo de problemas. Un diario italiano anunció la novedad con alegría y saludó a Slim con las palabras: “El Salvador ha llegado” (La Stampa, 27.12.2008)... A los círculos interesados además, la actividad filantrópica parece servirles como argumento de que los archimillonarios “ya entregan voluntariamente grandes porciones de sus fortunas”, o sea, de que, con otras palabras y en consecuencia, ya no podrían ser demandados por el fisco.

El problema central justamente reside en que la globalización contemporánea no sólo ha causado un retorno a las condiciones feudales tanto en los ingresos como en las fortunas, sino que esta refeudalización también se manifiesta en los sistemas impositivos. Las ganancias de las empresas, de los grandes patrimonios y de los ingresos de capital aportan cada vez menos al financiamiento de la comunidad, mientras que el peso fiscal aumenta desproporcionadamente para las clases medias y la gran masa de asalariados.

El motivo de esta evolución perversa radica en la libre circulación de capitales y en la competencia por los emplazamientos, pues casi todos los países participan en la puja impositiva en el marco del sistema actualmente imperante. Desde comienzos de la década de 1980 –se anticipa aquí para ser analizado detalladamente más tarde– los impuestos promedio sobre ganancias empresariales en los países de la UE bajaron de 45 a menos del 30%, las tasas tope para los ingresos más altos de 62 a 48% y la imposición promedio sobre ganancias por intereses devengados de 48 a 33% (Rote Revue 3/2006: 32). La tasa impositiva tope en Alemania, bajo el canciller Helmut Kohl todavía alcanzaba el 56% y fue disminuida bajo el gobierno siguiente del socialdemócrata (en coalición con el Partido Verde) Gerhard Schröder al 45% y desde entonces comienza a aplicarse a partir de un ingreso anual de 250.000 euros (NZZ, 11.8.2010).

Frente a esto, los factores trabajo y consumo, que no tienen capacidad de evasión, son agobiados con impuestos sobre los salarios, el valor agregado y contribuciones para la seguridad social. Esto lesiona, en primer lugar, el principio de solvencia (tanto de los individuos como de las empresas) que ya había quedado establecido en la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 (art. 13). Al mismo tiempo, la existencia de numerosos paraísos fiscales diseminados por todo el planeta es, naturalmente, una clara invitación a los multimillonarios a dejar acumular sus ganancias astronómicas prácticamente en el desierto, donde no se cobrarán impuestos o pagarán nada más que una suma simbólica

para abonar, en consecuencia, menores contribuciones “en casa”. (La única salida lógica y moralmente aceptable de esta situación se enuncia en el capítulo 15).

En el debate sobre la actividad filantrópica de los multimillonarios norteamericanos, el armador de Hamburgo Peter Krämer, remitió al hecho de que la mayoría de los donativos se pueden deducir de impuestos en los Estados Unidos y de que a fin de cuentas entonces los ricos deciden por sí mismos si quieren donar o pagar impuestos. Que los filántropos ocupan así el lugar del Estado, no parece importar. Cuando los millonarios deciden, adónde deberían fluir sus colosales montos, el Estado, ciertamente, pierde sus facultades resolutorias. En un país (Alemania) donde la mitad de la ciudadanía no posee prácticamente nada y, sin embargo, debe pagar impuestos, Krämer intercede consecuentemente en favor de una mayor imposición a los acaudalados (op.cit.).

Alternativas equivocadas y parciales

Aquel que crea que en la actividad filantrópica de individuos desmedidamente ricos se encuentra la salida a la crisis actual, con seguridad está equivocado. La opinión del empresario naviero alemán Krämer debe ser tomada al pie de la letra: no puede ser, que archimillonarios decidan por su cuenta lo que hacen con sus fortunas, mientras los presupuestos de los países pobres (y en niveles crecientes también de los países ricos) se desangran despacio, pero de forma constante debido a la merma en los ingresos impositivos. Una parte eminentemente importante de la solución al problema debe encontrarse en la política impositiva misma, porque la gran mayoría de la población, por motivos sociales, económicos, financieros y éticos, ya no puede ni debe llevar el peso a costas por más tiempo, mientras la minoría acaudalada, en realidad, aumenta incesantemente su patrimonio hasta lo infinito y absurdo.

Por motivos sociales y también políticos, este estado de cosas no debe perdurar, ya que las tensiones resultantes terminarían en situaciones parecidas a la lucha de clases. Bajo la óptica económica –en interés de una sociedad libre y pluralista– tampoco tiene sentido seguir permitiendo que el proceso de concentración continúe desarrollándose sin freno, tanto a nivel individual como empresarial. En comparación global, o sea, entre naciones ricas y altamente desarrolladas por un lado y la mayoría de los países empobrecidos por el otro, obviamente la polarización tampoco promete a largo plazo ni paz ni tranquilidad, como demuestra, desde hace décadas, la problemática en Cercano y Medio Oriente. Que la concentración de dinero y poder en el ritmo sucesivo observado desde hace varios siglos constituye un completo absurdo, debería haberse hecho evidente en los capítulos de este libro hasta aquí desarrollados. Y sobre los componentes éticos de la cuestión –cualquiera sea la religión, confesión o visión del mundo que se profese– de todas maneras no merece la pena seguir deteniéndose.

También están equivocados aquellos izquierdistas que confían ciegamente en las tesis y dogmas del marxismo. El destino de la Unión Soviética, sus satélites en el Este europeo y en el interior asiático y también –a pesar de todo– el insatisfactorio desarrollo en Cuba deberían habernos demostrado que, con una estatización total de los medios de producción y un desprecio por las reglas básicas de la democracia, la utopía socialista jamás podrá hacerse realidad. Por otro lado, en el campo de la ortodoxia marxista se sostiene como algo

sobreentendido que medidas políticas de carácter impositivo nada tienen que ver con la teoría y la práctica revolucionaria, porque la política impositiva supuestamente sólo puede afectar exclusivamente a relaciones capitalistas. Es que, de acuerdo con esta convicción, en el Estado comunista se debe producir un reparto de todos los recursos dirigido desde el centro del poder. Si el camarada (es decir, en principio cualquier persona) recibe su salario, éste no debe ser gravado por ningún tipo de impuesto ni contribución a la seguridad social adicional. Por este motivo, a los comunistas de pura cepa cualquier “Tercera Vía” que presuponga una forma económica mixta de producción estatal, cooperativa y privada, les parecerá sospechosa. Para ellos, la política impositiva representa, por consiguiente, a priori un tabú.

Bunge (2009: 71) también se confronta con esta problemática. La historia de la humanidad, explica, no sólo se vería impulsada por la lucha de clases como creía Marx, sino también por la lucha por los recursos naturales (que hoy en todo caso podría ser interpretada como lucha de clases entre corporaciones y los legítimos dueños de semejantes riquezas, en muchos casos países en desarrollo), como también por las novedades tecnológicas y la expansión formativa y de la educación. La eliminación de las clases sociales y de la lucha entre ellas, como es sabido y a pesar de todas las conjuraciones en este sentido, no ha tenido lugar ni en la Unión Soviética ni en los restantes países donde su modelo social fue imitado.

Justamente en el caso de Cuba es evidente y lamentable el comportamiento ortodoxo y fosilizado de la clase dirigente. Con una política impositiva innovadora, hace mucho que tendría que haber sido posible equilibrar la riqueza surgida demasiado rápidamente en algunas ramas productivas, en las que se debería haber dado espacio a la creatividad privada (y que de hecho se intentó), a través de medidas fiscales. En lugar de eso y por orden de Fidel Castro, la mayoría de los intentos liberalizadores de este tipo, que no deberían modificar en nada la esencia del socialismo, fueron reprimidos una y otra vez. Recién a partir de la toma del poder por Raúl Castro parece perfilarse un cambio en este sentido. Que esta posibilidad de impulsar la economía y de esparcir más ampliamente el bienestar resultante tanto individual (en medida limitada) como también colectivamente (por redistribución impositiva) no haya sido aprovechado hasta ahora, debe reprochársele al gobierno de La Habana.

También están equivocados –o por lo menos sólo tienen razón en parte–, en mi opinión, los seguidores del Orden Económico Natural, la teoría de Silvio Gesell, cuando ubican el mal del capitalismo moderno demasiado unilateralmente en el círculo problemático del interés y del interés sobre el interés. Desprecian así la función del interés como mecanismo de asignación para el capital disponible. Para expresarlo de forma más comprensible: el interés sirve como “indicador del camino”, para dirigir al capital en una “dirección sensata”. Este mecanismo apenas pudo funcionar en los últimos años de políticas duraderas a tasas de interés muy bajas y hasta inexistentes en los países industrializados – uno de los motivos por el que, repetidamente, se formaron burbujas (por ejemplo, en el sector inmobiliario).

Los partidarios de Gesell tampoco parecen creer posible, al igual que los comunistas ortodoxos, que con una estricta, pero justa, política impositiva se pueda poner remedio a la situación. En contraposición a aquellos, sin embargo, pasan por alto además la importancia central del factor explotación. Este concepto apenas aparece en sus escritos y discursos, a pesar de que su influencia justamente en los tiempos más recientes, tan tormentosos, del

crecimiento bajo signo neoliberal se hizo visible con absoluta claridad en todo el mundo. Sin explotación de las fuerzas laborales, el surgimiento de imperios privados tan inmensos y de sus comandantes, alrededor de mil archimillonarios, sería totalmente impensable.

Wozniowski (2007: 166-168) calcula que los dos hermanos Albrecht, propietarios de la cadena alemana de supermercados Aldi Norte y Sur, con un capital inicial (supuesto) de un millón de euros y a una tasa de interés más que respetable para los inversores del 8%, habrían arribado después de medio siglo a una fortuna de 46,9 millones de euros. Pero en la realidad y según datos de Forbes, en el año 2008 la riqueza de los hermanos alcanzaba los 23,5 y 16,7 mil millones de dólares respectivamente. O sea que sumadas y al cambio correspondiente del año mencionado, el monto se elevaba a 28,3 mil millones de euros – casi 60 veces más de lo que hubieran podido acumular a tasas de interés brillantes para las condiciones vigentes en ese momento. Esta diferencia abismal puede ser explicada, en primer lugar, por la inescrupulosa explotación del propio personal, de la fuerza laboral de sus proveedores y/o la no transferencia de márgenes a la clientela.

Crecimiento auténtico, calidad de vida verdadera

El sociólogo alemán Meinhard Miegel afirmó en una entrevista a periodistas del periódico Frankfurter Allgemeine Zeitung (FAZ NET, 3.6.2009): “El crecimiento no eleva la calidad de vida. Debemos bajar al nivel que se corresponda con nuestra capacidad de rendimiento real, de lo contrario, se cierne la próxima crisis – y entonces no sólo temblarán bancos y empresas, sino también Estados enteros.” Miegel calificó la forma cultivada y generalizada de crecimiento actual como una droga y advirtió que lo que ahora se necesita con urgencia, es el contacto con la realidad. “Tal como algunas empresas, bancos y estados han administrado sus negocios, las cosas no podían ir bien. En algún momento iban a tener que quedar atascados en las montañas de endeudamiento que fueron postergando para más adelante. La espuma artificial del volumen de dinero hace saltar cualquier capacidad de imaginación. En el transcurso de los últimos 30 años, el circulante global se ha multiplicado estimativamente por 40, el volumen de bienes, sin embargo, sólo se ha cuadruplicado. ¿Adónde ir con el gigantesco excedente de dinero?”

Sería una idea errónea, sostuvo firmemente el lúcido alemán, suponer que más dinero hace más feliz. Las necesidades materiales de los hombres serían, en realidad, limitadas y podrían ser satisfechas para todos. Lo que viene después, sería apariencia, poder, etc. Incluso el campo socialista estaría obsesionado con el crecimiento. “En sus promesas centrales de felicidad y prosperidad, capitalismo y socialismo apenas se diferencian: la creación de ricos a través de los excedentes materiales. La tragedia del socialismo fue, que fracasó lastimosamente en el cumplimiento de esta promesa. El capitalismo fue mucho más exitoso, pero choca ahora también contra límites.”

“Toda la sociedad está dopada”, concluye Miegel pensando en primer lugar indudablemente en los países ricos, denominados altamente desarrollados. “La sociedad ha perdido hace tiempo su equilibrio interno, el balance entre riqueza interna y externa. Muchos ya no son capaces de hacer nada con su riqueza interna, siendo que es ésta la que humaniza al ser humano.”

A esta temática justamente también dedicó toda su vida Peter Ulrich, quien como docente de la Universidad de St. Gallen no encajaba muy bien en este crisol de empresarios tan importante de Suiza y que fue considerado por sus colegas, partidarios del neoliberalismo, como un utopista quijotesco. Para él, el accionar de cada uno se vuelve legítimo, cuando no impone su poder como “el más fuerte” frente a débiles, sino que quiere ser justo respetando los derechos morales de los otros y ofrecer solidaridad a los necesitados de protección por la existencia de un vínculo afectuoso entre los seres humanos. Esta persona más fuerte sería consciente de que todos los hombres son, en principio, igualmente vulnerables y necesitados de protección, que todos tienen la misma capacidad de ponerse en el lugar de los otros y que de esto resultan derechos morales legítimos recíprocos para todos (Ulrich 1997: 32, 44-45, 48).

La palabra “Wirtschaft” (economía, en alemán) significa después de todo “crear valores” y se refiere –subraya Ulrich (op.cit.: 203-209) – a la auténtica calidad de vida de la gente. En relación a esto, aparece siempre la misma pregunta: ¿Para qué y para quién el valor agregado de una determinada actividad económica es eficiente, provechoso y bueno? “La economía es siempre sólo el medio al servicio de objetivos más altos, literalmente más vitales. Y estos, si deben ser sensatos, sólo son determinables a partir del Todo de una práctica de vida cultivada de manera subjetiva correcta”. Economía “sensata” sería entonces, como enfatiza Max Weber, siempre economía social. Sin embargo, una forma económica semejante, al servicio de la vida, únicamente podría florecer en una sociedad democrática, si la mayoría de los seres humanos así lo desean.